

*Grito que llama*

*¿Se quemarán también mis dudas  
mis orejas y mis uñas  
rodarán hechos cenizas  
mi corazón y mis pestañas?*

*Eielson*

Retirado a mi cueva, la pequeña noche,  
reptil inviolado, siento en la carne inútil  
el sentido final de todo  
la vuelta, el recogimiento sobre lo anterior  
y la cueva es todo lo anterior

cóncava, volteada, como si fuera la cuenca de una mano

contra el soberbio que intenta mostrar el espacio exacto que ocupan las cosas  
con su inmensa y socarrona carcajada de siglos  
se alza la cuenca de mi mano para convertirse en un lugar donde vivir

adivino en su redondez una verdad lejana  
no una certeza, no una posibilidad  
dentro de ella puedo encogerme

ahí vivo, en lo más húmedo  
en los rincones inhabitables del cuerpo moro  
y me extendo recluso  
por las partes que aquellos no recuerdan

soy en tanto ellos no son

engordan mis alas  
bajo el cielo limpio que sus pulmones quisieran absorber

la pradera  
lo horizontal es la suma de infinitas verticalidades

reconozco en mis escamas  
los signos antiguos de mi antigüedad  
coraza no caparazón  
no he aprendido a renunciar  
el sol nunca ha pasado sobre mi frente  
no me ha tocado, yo lo he tocado a él

bajo la olla un poco de ceniza, unos huesos  
y madera ennegrecida que ya no resiste su propio peso

mi sombra sobre la pradera vacía  
como un río donde abrevan los animales

los animales son los fuegos  
que hacen arder el aire

todo huevo, por tanto, es ceniza

domino por naturaleza mágica  
lo que a aquellos que caminan entre certezas  
les cuesta un frotar de ramas, invento de dioses, progreso  
domino aquello con lo que ellos destruyen

coraza no caparazón  
aquí nada se oculta, todo está expuesto  
pero todo está protegido  
son signos esto que me cuelga del cuerpo  
advertencias  
pústulas  
inmundicia, pedazos de materia ancestral  
irretornables caminos, silencios ganados  
entre las espigas que son las dudas, buenas para los accidentes  
aquellas que me vieron huevo

y hoy soy lo que soy lo que soy soy yo lo soy yo lo que soy yo soy lo que soy lo que soy yo yo yo soy  
no debajo de las escamas si no junto con ellas

las ovejas aparecen como un incendio sobre la pradera  
centenares de ovejas que cubren con sus patas  
las amargas posibilidades para alimentarse de ellas  
y convertirlas en seguridades  
en la lana con que se cobijan aquellos  
que están más allá de la cueva

bajo la olla levanta su lengua  
juega con los trozos de cadáveres

momento para cosechar  
lo que el soberbio padre ha sembrado para otros  
y comer de ellas

sentir su calor entre mis encías y ser el asesino  
el que interrumpe, el, que, que interrumpe, no deja, acaba, que acaba, para, interrumpe, externo, el otro

las ovejas recogen los amargos pastos, ellas son sus dioses  
los fertilizan, es decir, les dan vida  
se los comen, es decir, les dan muerte

no creo que los pastos jamás lleguen a imaginarse  
la forma completa de la oveja  
verán solo una pata, quizá el espléndido abdomen  
que se estira sobre ellos como si fuera la cuenca de una mano  
escucharán cada siglo un berrido  
y escribirán sobre él y contarán sus leyendas  
y ordenando su saliva dirán  
de ahí venimos, ahí volveremos, ordenando su saliva  
pero nada más, ninguna de sus escuadras podrá adivinar  
la circular verdad  
para ellas las ovejas  
son el sol

el sol es mi padre, lo más alto, con sus brazos levanta  
los tiernos pastos de los campos, su dulzura invade

lo brillante como un gallo rojo, naranja y amarillo en medio  
sabiendo que su vida da vida  
que todo empieza con su canto y en sus colores que se expanden  
su vívida naturaleza, su poderosa cresta, su imposible muerte

vengo y de un zarpazo  
que hace crujir los huesos, los cartílagos, luego los tendones que se sueltan  
convoco el final de nuevo, la sangre sobre la pradera  
un río, con suerte una forma nueva para el animal  
una nube sobre el verde impuro  
un río de carne donde abrevo

una vara, un silencio, unas rodillas y sobre ellas unos codos  
paciencia y la promesa de una piel ensangrentada  
naciendo del árbol seco hasta los cadáveres

los pastos, sino son comidos  
se vuelven espigas y las espigas arden bajo las necesidades

las espigas son lo posible,  
las dudas, buenas para los accidentes  
carne de incendio, las salidas, las excusas, alimento inflado,  
piel de aire

porque las espigas revientan en pan en sus hornos  
sus regordetes dragones de piedra  
los he visto levantar columnas de nubes opacas  
sosteniéndoles el cielo  
como un río donde abreven cadáveres

la pradera es el escenario del asesino  
el lugar donde morir y ser muerto  
horizontal círculo por donde todo debe pasar

las ovejas si no son comidas  
producen certezas para aquellos  
que necesitan cubrir los huesos del frío  
que hay en las cuevas de las que se fueron para no volver  
curvas verdades que antes los cobijaban  
y los hacían beber de sus oscuridades

la sombra como un pedazo de músculo y caminando aún,  
una madera nueva que será madre

la humedad y el frío  
enlazados alrededor de mis ojos  
como si fuera una mano que se va a cerrar

de donde no he salido  
mejor dicho  
ha donde he sabido regresar

el sur es el centro, insondable pequeña oscuridad  
tuberías de roca, el laberinto del regreso  
y son como las venas que veo dentro de las ovejas  
por donde circulan los dragones voraces  
que a punta de pastos han engordado  
bajo mi garra ellos saltan y vuelan  
en un único y rojo vuelo, libertad de morir bajo lo inevitable

antes arranqué un pedazo del padre y me atraganté  
de ahí mi fuerza, de ahí mi dominio de aquello con lo que ellos destruyen  
nunca pude ser lo que debí  
de ahí mi cola, de ahí mi extensión más allá de lo debido

el peso de unas manos sobre el rostro  
los panes son sangre hecha de aire

los pastos se ahogan bajo mi aliento,  
no soportan ni la punta ni el comienzo de mi interior  
porque dentro llevo el infierno  
estigma que se empequeñece entre mis piernas cada vez

simiente opaca, simiente opaca simiente, simiente opaca, simiente, opaca simiente que opaca lo siguiente

el sol es el padre y entre él y yo  
el hijo de puta del espíritu santo  
uniéndonos, haciéndonos uno  
la sangre, el lazo de lo impropio  
padre bastardo

pero en cambio torcido, innecesario final

la celebración contraria, la mano extendida  
brillante, los inmensos dedos se estiran  
como rayos hasta tocarlo todo  
tocándome, tocándolos  
la risotada azota los cielos, los destruye, los crea

carcajada carcajada carcajada carcajada carcajada carcajada carcajada carcajada carcajada carcajada  
de los siglos y los siglos

me hace sangrar los ojos  
me hace morderme, tragarme  
escupirme, no entenderme  
renunciarme y no querer volver más

horno soy y en mí la sangre de los animales arde  
para reventar en carne de incendios, en promesa  
me he visto bajo su soberbia  
y nunca podré ser ni siquiera su sombra de carne

nace junto al corazón la astilla  
primero es una duda dorada como una espiga,  
luego un olvido constante

*El sol a quien su pausa  
sobrenatural alza  
en seguida desciende  
incandescente*

*Siento cómo en más vértebras  
se despliegan las tinieblas  
en un temblor exacto  
a un mismo tiempo*

*Malarmé*

El caos, antes del inútil intento  
el caos después

risueño murmullo en lo profundo  
crece, casi dorada, la astilla

y por primera vez el padre se oculta  
lejos de sus mimos ¿habrá algo más que piel no permitida?  
la pradera debajo de mi vientre  
corre alejándose de mis alas de cartílago  
persigo la sombra de la luz

el lugar en que se encuentra el centro  
es en el límite

sombra, residuo, lo único que pude aprender a ser  
imitación, miedo a no parecerme

fantasma de carne estirado en la persecución  
como una lengua en el agua esperada

de pronto, entera, la ausencia

frente a mis escamas una torre de escamas  
y sobre aquella callosidad su sombra proyectada en el cielo  
la ausencia total del padre  
aún no está ella ahí, pero estará.  
la cueva ocupa el cielo ahora  
la nunca vista completa oscuridad  
esconde una torre  
y en ella, ella

la torre  
lo vertical es la suma de horizontalidades

es el contrario completo,  
exacto  
aquello que encaja y no es visible

una gota inunda un pequeño agujero en la ausencia

la oscuridad como una gallina, oscura en la esquina  
sabiendo que su muerte tiene un sentido  
que todo se resume en su carne y en sus hijos que nunca debieron nacer  
su sacrificio inútil, su negra vida, su brillante muerte

ella no recupera el aliento  
de las nubes que parten despavoridas de sus pies  
porque los balcones nacen de sus deseos  
de mirar a la ausencia total y verse reflejada en la brisa  
que modesta piel la del azul que la cubre



oxígeno, gas, pero más que eso  
la astilla parece esconderse para poder seguir creciendo, verde como el oro de los santos  
bajo algún extraño órgano interno  
para saltar y perderse, un risueño niño entre el estómago y la muerte

ella no vive sino que mastica el aire  
y sus gases como si estuvieran forrados en pellejos  
carne sancochada y gris  
metano, hidrógeno, oxígeno, butano,  
entre el diente y la mucosa existen  
revuelcan sus espaldas en su paladar  
y luego se hacen parte de la piel azul

el cielo doblado sobre si mismo  
ennegrecida entraña, metal con hollín su piel estirada  
recorriendo la extensión

el centro aparece también aquí

el padre antecedido por este huevo de ceniza... ¿de ceniza?  
¿ceniza de que y que fuego la produjo?  
¿que hubo antes de tus pies sobre la piedra de los balcones?

la noche busca praderas  
porque quiere arrodillarse

las cosas la están mirando  
y ella no puede mirarlas

oh, la canción de cuna, tu hija y la inocencia  
de tus dos pies helados: el nacimiento horrible  
se dobla entre su cuello y la punta frágil de sus hombros

la astilla crece tres veces  
y se aleja cuatro  
parece quizá más chica  
parece quizá pero no

el torrente de sus cabellos inmaculados  
cuando roza su cuerpo solitario lo hiela  
se crispa el oxígeno creando excusas

ella mira su interior  
desde su pedazo de promesa  
se reconoce en la noche

la torre es la cueva invertida

ella se tragó un pedazo de ceniza y se atragantó con él  
de ahí su cabello, de ahí su extensión hasta lo deseado

la canción de cuna de las cosas  
que la miran como yo la estoy mirando  
retuerce los silencios y los vuelve velos y tules  
que sobre ella parecen gases, vaporosas razones  
para querer parte de su hermoso cuerpo dentro del tuyo

su sombra desde la torre  
como un río donde nadie  
ha bebido todavía  
el huevo cruza lo cóncavo,  
esta vez no es mi sombra

aquellos te verán también más allá de sus pequeñas certezas  
levantada, petrificada, respirando inútilmente  
prometiéndome ríos donde solo hay pradera y espigas  
exaltando con los movimientos de tus cabellos sus silencios  
dejando que las cosas te canten  
obligándolos al frío y la humedad de no saber  
que tus balcones son escombros de otros intentos, costras,  
esforzados calores, frotar de cuerpos, invento de dioses, progreso

lugar oportuno para la duda es esta torre

todo lo diferente se alza y edifica una razón  
recta, completa, cerrada como un puño alzado contra el cielo  
la torre y sus balcones que son promesas de ingravidez sobre la pradera  
una promesa de no tener que vivir allá, con aquellos  
sino seguir viendo a la noche entre tules  
hasta que aquellos te confundan con la inmensa verdad  
más allá de todo por sobre sus cabezas sin alas

tus cabellos como las espigas  
se estiran y duran en el aire justo el tiempo que toma pasar de la posibilidad a la duda

adivino en su rigidez una razón lejana, no una certeza, no una posibilidad  
dentro de ella vive y late, se extiende recluso

donde la víctima se vuelca,  
levantando la piel abierta al descubrimiento de querer ser el calor entre tus senos  
empieza

la astilla que siempre estuvo ahí, bajo la coraza  
crece cuatro veces  
y se aleja seis  
parece quizá más pequeña  
parece quizá pero no  
una gota inunda un pequeño agujero en la ausencia

la astilla ríe se tambalea y cae entre mis costillas  
deja el color verde y aparece el dorado nuevamente  
extraño parentesco con el cambio lejano de los pastos en espigas

residuo de algo  
pedazo, raspadura  
alguna importancia parece tener  
te clavabas dentro mío  
te escondes y ríes  
metes candela y te vas

sus cabellos se enredan en mi sangre  
largos, tan largos como para alcanzarme  
ella quizá no sepa que existo  
pero su cuerpo si lo sabe, sus pies, sus balcones  
y sus cabellos saben

hasta que la confundo con la inmensa verdad

cabellos, oxígeno, gases, butano, piel, oxígeno, frío, despacio, inocuo, ver, salir, entrar, oxígeno, oxígeno

el contrario total  
es irresistible para quien está acostumbrado a ser expulsado  
la sombra se levanta y hace sombra  
bajo la cueva interminable dentro del puño, por sobre los balcones

el ataque hacia la única oveja de la noche

pero no la sangre, no el asesinato entre las mandíbulas del asesino  
sino la caricia que solo produce la muerte del que no mata

un canto, es decir, no una palabra, sino un canto  
entre mis garras un canto  
retorciéndose desde el fondo de sus cabellos  
que nacen en el centro de la ceniza

cruzando el encendido fondo de las llamas  
el canto resuena más allá de su pequeño cuerpo  
dulce y sereno, de su piel se eleva y cubre mis escamas  
impenetrables  
y entra por las cuencas de mis ojos su dolor

llena mis glándulas, mis fluidos se tensan y se vuelven tambores  
el órgano indecente de la flama es un silencioso azote  
y la vara, no me había dado cuenta, esta astilla era una vara  
se acerca y muestra su verdadero tamaño

de mí salen los infiernos todo lo que sale es infierno  
a infernazos contra el norte hasta que se caiga  
y los cielos se dobleguen y este nuevo negro  
doblado de metales ennegrecidos, caparazón de los tiempos que la escondía, desaparezca

el canto y los infiernos que de mí salen  
ellas los trajo, no, de ella es el canto, mía la imitación de la muerte, la mímica del día

llamaradas, canto, cuna, fuego, brota, dientes, encía más bien, rojo, rojo, rojo, rojo, herida y llanto, por sobre

la noche busca praderas  
porque quiere arrodillarse en sus heridas  
pero no hay salida  
la pradera vuela bajo mis alas de cartílago  
bajo sus pies ingrátidos, ahora mis alas son sus balcones  
el incendio por fin, la promesa de lo anterior  
se ha cumplido, la pradera ha muerto  
ya no hay certezas, ni excusas  
el mundo ha terminado  
los hijos son escombros

por fin la cueva  
el verdadero y profundo conocimiento de la vuelta  
y sus paredes de roca me cubren y me abrazan

el primer otro dentro

ahora el canto  
de su cuello brota  
de su cuello el dolor por no poder dejar de ser  
recordándome mi condición de intruso entre los órganos que le pertenecen  
entre los silencios de sus huesos  
más fuerte y fuerte el canto ahora habita conmigo  
rebotando en las hondas paredes sin fondo de mi cueva

porque ella ha cerrado el paso de su vida hacia los labios  
la posesión ha terminado, la cueva no ha resistido  
se ha apoderado de mi pequeña noche  
el olor de las ovejas muertas, de los miles de cadáveres es su olor

el eco es el canto

la humedad y el frío  
enlazados alrededor de sus ojos  
como si fuera un puño es su velo  
y tiene el peso exacto de unas manos sobre el rostro

no es más la víctima sino la que se sienta frente al horno  
a cuidar que el pan no se queme  
la que mira dentro mío para cuidar que permanezca vacío

la vara tiene la altura exacta de un niño sosteniendo la mano de su padre que muere

la posesión ha terminado

la vara por fin se apacigua bajo la cortina de los latidos  
acaricia las fronteras de lo esperado, la primera entraña, acaricia las fronteras  
sostiene el maltrecho órgano de la flama  
por sobre la altura de los errores

explota de ella la sangre, heridas quizá  
las he visto en los lomos de las ovejas  
antes del hambre, poco después del regreso

azul, celeste, tules, gas, vapor, suspiro, exhalación, piel, recorrido, levante, caída, atardecer, posesión, canto

los colmillos alrededor, cerca  
la mandíbula aprieta, es la hora de la saliva

ella es el recuerdo

la lengua  
extensión sagrada, corazón entre dientes

la saliva ha formado, después de años de estar abandonada,  
los hechizos, las historias, los conjuros, combinándose consigo misma  
apareándose, la sentía cada tanto, cada vez que veía la pradera  
y no habían ovejas con que callarla la sentía subir y bajar  
como gases azules incitando el centro del fuego, las palabras  
con ellas colgándome de la lengua me acerco a sus heridas  
son sus conjuros los que sanan todo  
las que dicen piel y dicen venas y dicen vellos y dicen cierra y  
sana sana y sana sana y vena sana y sana sana y pellejo sana y arteria y paladar y sana y sigue y de nuevo

el círculo se va cerrando y los pastos dejan de ser espigas  
ella alza los ojos y olvida su canto y yo mi mandíbula

cae el sueño entre los dos  
uniéndonos, haciéndonos uno  
el dolor, el lazo de lo impropio  
madre virgen

*Quemada la vida hasta el meollo  
-ni una sola imagen indeleble rescatada*

*Westphalen*

Retirado a mi cueva, la pequeña noche,  
reptil violador, siento en la carne inútil  
el sentido final de todo  
la fiebre, la expansión interna, la diástole  
la pradera es todo lo que arde

risueña enfermedad son las auroras  
primer paso del padre sobre el mundo

la cueva a sobrevivido  
y en ella, ella

noche sepultada bajo la noche  
entraña y piel de tan tensas, rotas

a lo lejos una risa  
más allá de la pradera muerta  
una superficie lustrosa, estirada, contraria a mis escamas  
amplía las caricias de los largos brazos del padre

dentro, alrededor, debajo, por sobre  
las palabras brotan de su piel hecha de los gases del aire  
la recubren y la mantienen junta  
aglutinando todas sus partes  
alrededor del canto apagado

ella presente en su sueño un final  
una venida, la fiebre nace al costado de su canto destruido

viene de entre aquellos, el elegido  
viste de reflejos y resplandores  
el metal es la mentira sacada del fondo de la sombra  
más allá de las cuevas lo he visto crecer

un cálido corazón de madre joven acoge  
la harina aguada, insípida y los demás mejunjes  
dentro de sus nuevas heridas

la vara con una sonrisa crece y cambia con cada uno de sus pasos  
que hundan los dóciles pastos resecos,  
que apartan las espigas muertas en los accidentes  
que son los errores  
él porta al padre

aquí está y quizá sí sea ella la inmensa verdad  
su respiración llena la cueva, opaca la putrefacción  
de los tendones rotos, de las venas desviadas  
de los huesos incompletos

las huellas del asesino, dentro del asesino

la vara cambia y deja de sostener el órgano  
indecente de la flama por sobre los errores  
se afila y muestra sus encías como si siguiera sonriendo  
deja a un lado cada glándula, cada posible punto de apoyo  
y se convierte en la lanza

trepidan y se levantan sonrientes las ligeras maravillas  
dentro del alegre tumulto de la madre rota

de entre los que hacen pan de la muerte  
un hijo verdadero, su símbolo es el dragón  
y en su escudo glorioso se ensanchan los rayos del día  
rebotan alegres, casi murmuran, y su murmullo es la risa  
buena para los compañeros, para celebrar  
la claridad que anuncian los gallos y que desconocen  
las venas antes de la herida

de ella se alza el calor  
pues con la fiebre apenas  
se calienta la sangre desmayada  
y nada pueden hacer las palabras contra los huesos no rotos  
contra ella que no deja de ser, que no puede dejar de seguir siendo  
la de los balcones, la de los tules, la que se reconoce en la brisa

la fiebre intuye, el victorioso ya camina sobre la pradera entre los errores

pies y hombros que elevan el metal por sobre los pastos  
músculos hechos a la medida de las necesidades  
como mandados a hacer  
aportan el murmullo de lo brillante, de lo naranja  
aquello que empuja y tumba, lo que somete  
¿como pasar a su costado y no verlo?  
¿como no agacharse?, ¿como no querer parte de su hermoso cuerpo dentro del tuyo?  
¿como negarle su función?

Vertical, principal principio

desviación y callo, azotado por la carencia

emprende la vida

desconcertado ante el malentendido

ineludible

improbable

la piel y el cabello, los labios, las cejas y las uñas

la garganta dura, el intestino, la vesícula, los humores secretos



la fiebre crece, envuelve la intuición  
sus cabellos que se enredan en el destino  
apuntando hacia las ruinas de la pradera  
parece renacer su canto pero en silencio  
suspendido desde su frente por donde el sol nunca ha pasado  
su canto se ha vuelto un llamado, un saludo, una espera  
me ha tocado, lo ha tocado a él

silencioso el cuchillo dentro de la sombra viva da espacio al aire  
y el femenino cuerpo que será fecundo en la muerte  
ya no se estira hacia el cielo, horizontal es su camino ahora

ya los pastos chamuscados elevan al héroe hasta el filo de la cueva  
unido al espacio exacto que ocupan las cosas por su caparazón  
caparazón no coraza  
hecha de las entrañas extirpadas de la cueva  
bajo ella el mundo brilla y recoge los frutos  
es redondo y naranja

el centro solo puede verse desde el sur

hogar espantoso, sepulcro de los tiempos que han pasado  
esta vuelta hecha de piedra no puede protegerme  
del murmullo de los metales, de sus mentiras dichas muchas veces

La lanza tiene la altura exacta de un hombre apoyado en la puerta mirando crecer a su hijo

la entraña ha vuelto al vientre abierto  
cubriendo al más querido  
dándole forma, alzándolo  
juntando sus bordes y reuniendo sus pasos  
alrededor, por sobre, delante y hasta  
el comienzo de lo que he dejado de ser

el caos antes del inútil intento

el padre entra en la cueva, luz de ayer, índices y señales del acaso

pero no hay infiernos dentro de mí para el caballero  
he de tragarme la necesidad de la huida  
y de tirar abajo el cielo limpio de su cuerpo  
con un soplido equivocado  
porque esa oveja que se esconde, embutida  
en el traje hecho de reflejos  
está cubierto de destino y ungido de murmullos  
de palmas y saludos, su presencia es suficiente

la carcajada de la lanza, que antes fue risueña astilla y sonriente vara  
se clava y llega hasta sus manos desde mi herida  
se estira y dura en el aire justo el tiempo que toma pasar de la duda a la posibilidad

la ausencia inunda un pequeño agujero en medio de la sangre  
lo perpendicular es unión que quiebra

colgando crece el final que también es dorado  
entre mi costillar majestuoso y partido  
que cede a la tentación de que le saquen una luna  
del pecho, una noche, completa  
aquella que encaja y no es visible

curvas socavan la tierra y estiran sus manos verdes al padre  
los seres aún son sombra cerrada sobre si misma

brotan panes de mí  
todas las espigas que las ovejas no dejaron crecer  
se han cocido con la entrada del aire que antes engordaba mis alas  
creando panes de mis entrañas

el eco en la sangre es el cielo

un río de espigas donde el ungido se baña  
regocijado de bendiciones abreva de mí  
en la boca un sabor a rabo, una verdad

la fiebre es ahora, la huida y un canto diferente  
los huesos, los pellejos, las rocas, el escudo, la coraza, el caparazón dorado, la lanza  
la están mirando

la huida de lo anterior  
dentro ella se lleva, descuidada, el diminuto centro

él es la torre ahora, yo la cueva  
clavado en la roca, clavado, roca clavada, en, sobre, dentro, unido, clavado, empotrado, enquistado  
huesos a los otros huesos  
fuego brota como columnas de humo desde mis ojos  
sosteniendo su recuerdo por sobre las palabras  
ahora que se va lejos de mis errores, de esta cola que se estira más allá de lo debido  
y estas alas de cartílago que descansan sobre mis escamas  
con el peso exacto de unas manos sobre el rostro

las raíces muerden la tierra de la mañana  
y elevan el torso duro de una niña  
que no conoce el otro lado del viento  
que juega entre sus cabellos que se secarán pronto  
a su lado un ser incendia el aire en la oscuridad  
su camino es un callejón de ceniza de la cocina a la nada

las piquetas de los gallos confundidos  
ya empiezan a cavar en mi cuerpo buscando el risueño ocaso

el caos después.